

*Emily X.R. Pan*

*el* ASOMBROSO  
COLOR *del* DESPUÉS

Traducción del inglés

Teresa Lanero

 NOCTURNA  
EDICIONES

© *The Astonishing Color of After* © by Emily X.R. Pan

Publicado por acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través de  
International Editors' Co.

All rights reserved including the rights of reproduction whole or in part  
in any form.

© de la obra: Emily X. R. Pan, 2018

© de la traducción: Teresa Lanero, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid

[info@nocturnaediciones.com](mailto:info@nocturnaediciones.com)

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Primera edición en Nocturna: marzo de 2020

Maquetación: Mar Yari M. F.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Técnica Digital Press, S. L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-17834-53-1

Depósito Legal: M-4470-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para 媽媽, 爸爸 y Loren,  
que siempre creyeron que lo lograría.*

*Si viera un solo pájaro.*

*EMILY DICKINSON*



Mi madre es un pájaro. No se trata de ningún rollo metafórico de flujo de conciencia a lo William Faulkner. Mi madre. Es literalmente. Un pájaro.

Sé que es tan cierto como que la mancha en el suelo del dormitorio es permanente como el cielo, tan cierto como que mi padre nunca se perdonará a sí mismo. Nadie me cree, pero es un hecho. Estoy completamente segura.

Al principio, el agujero con forma de madre estaba hecho de sangre. Oscuro y pegajoso, empapaba las raíces de la moqueta.

Retrocedo, una y otra vez, hasta aquella tarde de junio. Yo volvía de casa de Axel y me encontré a mi padre en el porche; daba tumbos de un lado para otro, y era evidente que me estaba buscando. Nunca podré borrar esa imagen: tenía las manos grasientas y temblorosas, le chorreaba algo granate por la sien y se le agitaba el pecho como si respirara limaduras de hierro en lugar de aire. Al principio, pensé que estaba herido.

—Leigh... Tu madre...

Se ahogó a mitad de frase y frunció el gesto de un modo horrible. Cuando por fin consiguió hablar, su voz tuvo que atravesar un

océano entero hasta llegar a mí. Era un sonido frío y cerúleo, lejano e incoherente. No fui capaz de procesar sus palabras. No fui capaz en mucho tiempo. Ni cuando la policía llegó. Ni cuando vinieron a sacar el cadáver de mi madre por la puerta principal.

Sucedió el Día del Dos y Medio. Nuestro día, una tradición anual para Axel y para mí. Se suponía que era una fecha de celebración. El año escolar casi había terminado y las cosas por fin volvían a la normalidad, a pesar de que Leanne siguiera rondando por allí. Ya estábamos haciendo planes para el verano. Pero supongo que el universo tiene su forma de mandar a tomar viento cualquier previsión.

Dónde estaba yo ese día: en el viejo sofá de *tweed* del sótano de Axel, rozándole el hombro y tratando de ignorar el muro de electricidad naranja que nos separaba.

¿Qué sucedería si apretaba la boca contra la suya? ¿Me provocaría una descarga, como un collar de perro? ¿Se derrumbaría el muro? ¿Nos fusionaríamos?

Y Leanne ¿desaparecería? ¿Conseguiría borrarla un beso?

La mejor pregunta era: ¿cuánto se destruiría?

Mi madre sabía dónde me encontraba. Ese es uno de los hechos que no logro superar.

Si hubiera sido capaz de estar por encima de mis puñeteras hormonas por un instante, tal vez mis neurotransmisores me habrían ordenado volver a casa. Tal vez me habría zafado de las vendas que me impedían ver y me habría obligado a mí misma a hacer recuento de todo lo que no iba del todo bien, o al menos a darme cuenta de que los colores a mi alrededor no eran los correctos.

Sin embargo, me refugié en mi caparazón, me permití ser una de esas adolescentes ensimismadas y distraídas. Durante las clases de edu-

cación sexual, los profesores siempre daban a entender que los chicos eran los salidos. Pero allí, en ese sofá, tuve la certeza de que habían omitido un detalle crucial del cuerpo femenino, o por lo menos de mi cuerpo. Yo era un fuego artificial encendido y, como Axel se acercara, saldría despedida hacia el cielo y me convertiría en una lluvia de un millón de fragmentos.

Aquel día él llevaba la camisa marrón de cuadros. Era mi favorita, la más vieja y la más suave en mi mejilla cuando lo abrazaba. Sus olores de chico inundaban el ambiente: la delicadeza de su desodorante, el aroma floral y ahumado de algún que otro producto y, por encima de todo lo demás, una fragancia como de hierba serena por la noche.

Al final, fue él quien se quitó las gafas y me besó, pero mi cuerpo, en vez de convertirse en chispas, se congeló. Si me movía un milímetro, todo se rompería. Sólo el hecho de pensar en la palabra («beso») era como si una varita mágica de hielo me rozara el pecho. Las costillas se me agarrotaron, entumecidas, como telarañas con grietas. Dejé de ser un fuego artificial y me convertí en algo helado en lo más recóndito del Ártico.

Entonces, las manos de Axel me rodearon la espalda y me desbloquearon. Me estaba derritiendo, él me había soltado la cuerda y yo lo besaba con todas mis fuerzas. Nuestros labios estaban por todas partes y mi cuerpo era naranja fluorescente... No, púrpura imperial... No. Mi cuerpo era de todos los colores del mundo en llamas.

Pocos minutos antes, habíamos comido palomitas recubiertas de chocolate y así sabía. Dulce y salado.

Una explosión de pensamientos hizo que me apartara. La nube de escombros consistía en recordar que era mi mejor amigo, que era la única persona en quien confiaba al cien por cien aparte de mi madre, que no debía besarlo, que no podía besarlo...

—¿De qué color? —preguntó Axel con voz suave.

Esa es la pregunta que siempre hacemos cuando queremos averiguar cómo se siente el otro. Somos amigos inseparables desde que la señora Donovan nos daba Arte: hace tanto tiempo que no necesitamos más que un color para describir un estado de ánimo, un éxito, un fracaso, un deseo.

No pude contestarle. No supe explicar que estaba recorriendo como un rayo todo el maldito espectro, incluida una nueva dimensión de tonalidades que jamás había experimentado con anterioridad. En vez de eso, me levanté.

—Mierda —musité.

—¿Qué? —preguntó él. A pesar de la luz tenue de la única bombilla del sótano, vi que se sonrojaba.

Las manos... Yo no sabía dónde meter las manos.

—Lo siento, tengo que..., tengo que irme.

Habíamos establecido una regla, la de no mentarnos el uno al otro, pero yo no dejaba de romperla.

—¿En serio, Leigh? —contestó, aunque yo ya corría escaleras arriba, ayudándome del pasamanos para ir más deprisa.

Llegué al vestíbulo que hay antes del salón y empecé a respirar con grandes bocanadas, como si acabara de emerger a la superficie después de zambullirme en las profundidades.

No me siguió. Al marcharme, di un portazo: hasta la casa estaba cabreada conmigo. El golpe sonó verde vómito. Pensé en la tapa dura de un libro que se cierra de golpe sobre una historia sin terminar.

## 2



Nunca vi el cadáver de cerca. Cuando la policía llegó, salí corriendo por delante de ellos. Subí los escalones de dos en dos e irrumpí en la habitación de mis padres con tanta fuerza que casi rompo la puerta. Lo único que vi fueron las piernas de mi madre en el suelo, que sobresalían en horizontal por el lado más alejado de la cama.

Entonces llegó mi padre y me sacó de allí mientras los oídos me pitaban por los gritos. Eran tan fuertes que estaba segura de que se trataba de un ruido de la policía. Sólo cuando me quedé sin aire me di cuenta de que provenían de mí. De mi boca. De mis pulmones.

Descubrí la mancha después de que se llevaran a mi madre, después de que alguien hiciera el primer intento de limpiar la moqueta. Incluso en ese momento era oscura y ancha, rectangular y horrible. Apenas tenía forma de madre.

Es más fácil pensar que la mancha es pintura acrílica. Pigmento, emulsión. Soluble en agua hasta que se seca.

Pero la pintura derramada no es más que un accidente, ahí reside lo complicado.

La pintura derramada no implica un cuchillo y un bote de somníferos.

Al día siguiente de que sucediera, nos pasamos horas buscando alguna nota. Esa fue la parte absurda. Mi padre y yo flotábamos por la casa, moviéndonos como perezosos, mientras abríamos cajones y armarios y pasábamos los dedos por encima de las estanterías.

«No es real hasta que encontremos una nota. —Ese pensamiento no dejaba de rondarme por la cabeza—. Seguro que ha dejado una nota».

Me negaba a entrar en el dormitorio de mis padres. Imposible olvidarlo. Los pies de mi madre asomando por detrás de la cama. El pulso de mi sangre. *Está muerta está muerta está muerta.*

Me quedé en el pasillo apoyada contra la pared y oí que mi padre revolvía unos papeles en busca de algo, que daba vueltas por la habitación con un sonido tan desesperado como mis sentimientos. Oí que abría el joyero y lo cerraba. Oí que movía cosas en la cama; debía de estar buscando debajo de las almohadas, debajo del colchón.

¿Dónde puñetas deja las notas la gente?

Si Axel hubiera estado conmigo, es probable que me hubiera agarrado del hombro y me hubiera preguntado: ¿de qué color?

Y entonces tendría que haberle explicado que yo era incolora, traslúcida. Era una medusa atrapada por la marea, obligada a ir donde ordenara el mar. Era tan irreal como la nota inexistente de mi madre.

Si no había nota, ¿qué significaba?

Mi padre debió de encontrar algo, porque al otro lado de la puerta todo se quedó en silencio.

—¿Papá? —grité.

No hubo respuesta. Pero yo sabía que estaba ahí. Sabía que estaba consciente al otro lado y que me oía.

—Papá —repetí.

Percibí una inspiración larga y profunda. Mi padre se acercó despacio a la puerta y la abrió.

—¿La has encontrado? —pregunté.

Se detuvo sin mirarme a los ojos, dubitativo. Al final me extendió un papel arrugado.

—Estaba en la papelería —dijo con voz tensa—. Junto con esto.

Abrió la otra mano y me mostró un montón de cápsulas que reconocí de inmediato. Los antidepresivos de mi madre. Cerró de nuevo la mano y bajó las escaleras.

Un frío cian me recorrió el cuerpo. ¿Cuándo dejó de tomar la medicación?

Alisé el papel y me quedé observando su blancura. En él no había ni una pizca de sangre. Me lo llevé a la nariz e inhalé para absorber el último olor de mi madre.

Y, por fin, me obligué a leerlo.

*Para Leigh y Brian.*

*Os quiero mucho*

*Lo siento*

*La medicación no*

Debajo había algo más, garabateado varias veces, una encima de otra, que resultaba ilegible. Y al final del todo, una última línea:

*Quiero que recordéis*

¿Qué había intentado decirnos?

¿Qué quería que recordáramos?

### 3



Comencé a pasar las noches en el sofá de abajo, lo más lejos posible de la habitación de mis padres. Me costaba mucho dormir, pero el viejo sofá de cuero me engullía y yo me imaginaba acunada entre los robustos brazos de una gigante. Tenía el rostro de mi madre, la voz de mi madre. A veces, si conseguía sumirme en un incómodo sopor, el tictac enérgico del reloj de encima de la televisión se convertía en el latido de su corazón.

Entre latido y latido, mis sueños recogían fragmentos de viejos recuerdos. La risa de mis padres. Una celebración de cumpleaños, nuestras caras manchadas de tarta de chocolate. Mi madre tratando de tocar el piano con los dedos de los pies a petición mía. Mi padre con las cancioncillas que le gustaba inventarse: «Mi pequeña Leigh es muy feliz, ¡mira qué suspiro me dedica a mí!».

Era la víspera del funeral: me desperté alrededor de las tres de la mañana con un golpe seco en la puerta principal. No era un sueño; lo sabía porque acababa de soñar que la gigante tarareaba junto al piano. Nadie más se despertó. Ni mi padre ni la gata de mi madre. El suelo de madera estaba helado y yo me dirigí al vestíbulo temblando, desconcertada por el cambio de temperatura. Abrí la pesada puerta y se encendió la luz del porche.

La calle estaba morada y oscura, en silencio salvo por el grillo solitario que marcaba el ritmo en el césped. Un ruido lejano me hizo levantar la vista y, contra el cielo lóbrego previo al amanecer, vislumbré una franja carmesí. Batió las alas una, dos veces. Una cola siguió al cuerpo por el aire, como una cometa. La criatura pasó por delante de la media luna y sobre la sombra de una nube.

No me asusté, ni siquiera cuando el pájaro planeó por la hierba para aterrizar en el porche con aquellas garras que daban golpecitos sobre la madera. Allí posada, la criatura era casi tan alta como yo.

—Leigh —dijo el pájaro.

Habría reconocido esa voz en cualquier lugar. Era la voz que solía preguntarme si quería un vaso de agua después de una buena llantina, que me recomendaba una pausa con galletas recién horneadas antes de terminar los deberes o que se ofrecía a llevarme a la tienda de manualidades. Era una voz amarilla, tejida con sílabas luminosas y melódicas, que provenía del pico de esa criatura roja.

Mis ojos asimilaron su tamaño: nada que ver con la pequeña estructura de mi madre cuando era humana. Me recordó a una grulla de coronilla roja, pero con la cola larga y plumosa. De cerca vi que cada una de sus afiladas y relucientes plumas presentaba una tonalidad de rojo distinta.

Cuando alargué la mano, el ambiente cambió como si hubiera alterado la superficie de un estanque en calma. El pájaro alzó el vuelo y batió las alas hasta que desapareció en el cielo. Dejó tras de sí una única pluma escarlata sobre el porche, curvada como una guadaña y casi tan larga como mi antebrazo. Al precipitarme hacia ella, levanté sin querer una pequeña ráfaga de aire. La pluma se elevó perezosa, osciló y se detuvo al caer. Me agaché para cogerla y miré hacia el cielo. Ya no estaba.

¿Volvería? Por si acaso, coloqué un cacharro con agua y dejé la puerta abierta con una cuña. Me llevé la pluma adentro y, una vez en el sofá, me dormí de inmediato por primera vez desde el día de la mancha. Soñé con el pájaro y me desperté segura de que no era real. Pero entonces advertí que tenía la pluma en la mano; la apretaba tan fuerte que las uñas se me habían quedado marcadas. Incluso dormida, temí perderla.